

TEMISTOCLES CARVALLO

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ

Gran Figura de la Ciencia Venezolana



Coro

Universidad Politécnica Territorial

“Alonso Gamero”

Fundación Biblioteca

“Oscar Beaujón Graterol”

2025



CARVALLO, TEMISTOCLES

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ: Gran figura de la Ciencia Venezolana / Temístocles Carvallo.- - 2da. Ed. Coro: Fundación Biblioteca Oscar Beaujón Graterol; Universidad Politécnica Territorial de Falcón Alonso Gamero, 2025.

82 p.; il.:



© Fundación Biblioteca Oscar Beaujón Graterol (2025)

© Universidad Politécnica Territorial de Falcón Alonso Gamero (2025)

Diseño, diagramación y montaje: Candelaria María González Romero

Depósito legal FA2025000073

© JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ: Gran figura de la Ciencia Venezolana.

© Temístocles Carvallo (1era. edición, 1945)
Tipografía Americana (1945).

Nota: La presente obra se reedita, después de su primera aparición en 1945 hace ochenta años, por conservar su vigencia histórica para la ciencia médica nacional y ser ya de dominio público.

ÍNDICE

Homenaje al Doctor José Gregorio Hernández.....	4
En Memoria del Dr. José Gregorio Hernández.....	9
PALABRAS LIMINARES	15
EL MÉDICO, EL SABIO, EL SANTO.....	17
EL REFORMADOR DE LOS ESTUDIOS MÉDICOS.....	39
EL MAESTRO Y SU GRAN DISCÍPULO	59
CIENCIA Y PATRIOTISMO	71
ANEXO	77
Carta del doctor José Gregorio Hernández a su hermano César. Publicada en: HERNÁNDEZ BRICEÑO, ERNESTO. Homenaje al Doctor José Gregorio Hernández (Recopilación). Caracas: Imprenta de la Nación, 1945	77

Homenaje al Doctor José Gregorio Hernández

La Universidad Politécnica Territorial del estado Falcón Alonso Gamero, a través de su Coordinación Editorial, conjuntamente con la Fundación Biblioteca "Oscar Beaujón Graterol" de Coro, siente especial complacencia en publicar, en formato digital e impreso, este interesante trabajo biográfico (vida y obra) del Dr. José Gregorio Hernández, "Gran Figura de la Ciencia Venezolana", conocido por todos los venezolanos como "el médico de los pobres". Luego de un largo tiempo de espera, este año 2025, se le ha elevado a los altares, junto a la Madre Carmen Rendiles.

Se trata de un enjundioso trabajo de investigación realizado por el Doctor Temístocles Carvallo Hernández (1885-1964), nativo de Isnotú, estado Trujillo, sobrino del Doctor José Gregorio Hernández y un destacado venezolano quien fuera médico, docente de la UCV y miembro de número de la Academia Nacional de la Medicina.

Carvallo nos traza un retrato al creyón de la polifacética vida creadora del Doctor José Gregorio, enfatizando en su poca conocida condición de hombre de ciencias, de médico, investigador y científico de laboratorio e iniciador de la medicina social en nuestro país. Al empalmar esa pasión indagadora con su ya acendrada vocación filantrópica y religiosa católica, se formará una singular personalidad, cuyo ejemplo de vida, completamente dedicada a entregar desinteresadamente su saber al servicio del prójimo, devela y demuestra, de la manera más contundente, que no es cierta la tradicional sentencia según la cual “ciencia y religión son como unir agua y aceite”, pues, en la vida del Doctor José Gregorio Hernández ocurrió todo lo contrario, ya que ambas formas de conocimiento se complementan armoniosamente.

En tal sentido cabe recordar que el sisma que en tiempos de Martín Lutero se produjo en la antigua iglesia católica, ocurre por un dilema no resuelto: mientras el Vaticano pedía a sus fieles ser filántropos, practicar la misericordia, dar limosnas, ayudar al prójimo para alcanzar la salvación, Lutero,

contrariaba al poder eclesial ponderando la fe, la oración diaria para llegar a ser un cristiano ejemplar. Vale decir, trascendiendo la fuerza de la fe, la entrega y la oración como práctica divinizante. Resulta que todas estas virtudes, resumidas en creencia, fe y piedad, fueron asumidas de forma diaria por José Gregorio Hernández. Pudo así articular sus dos pasiones que le valieron el reconocimiento colectivo hasta su muerte ocurrida por un lamentable arrollamiento de auto y más allá de ella. Interesante recordar que en ese tiempo, en Venezuela la investigación científica no era un asunto prioritario y los pocos centros que existían en las universidades con ese propósito, carecían de los equipos más elementales.

No obstante, gracias a sus diligentes gestiones ante los gobiernos de la época, el Doctor José Gregorio Hernández logró que llegara a nuestro país el primer microscopio y se creara el primer laboratorio. Ya él tenía una vasta formación académica y por medio de ella se manifiesta su reconocida filantropía y entrega profesional por la salud de toda la población, sobre todo por la de los

más necesitados a quienes incluso casi siempre regalaba la medicina.

Igualmente, se le conoció como "el médico de los milagros". Un hombre que supo encarnar, a su manera, con las herramientas de la ciencia, un apostolado que hoy justifica con creces la decisión papal de su santidad; una condición humana irrepetible, toda una existencia consagrada a hacer el bien.

Por otra parte, es preciso decir que aunque ha sido en este año 2025 cuando se produce su santificación, después de un largo proceso de comprobación de sus milagros; no es menos cierto que dada la dimensión piadosa de su fe, el pueblo llano, los sectores más humildes, incluso más allá de nuestras fronteras, desde hace mucho tiempo ya lo habían hecho su patrono y le habían otorgado el título sagrado de santo venerable.

Son estas y muchas otras razones por las que, la Universidad Politécnica Territorial "Alonso Gamero" del estado Falcón y la Fundación Biblioteca

“Oscar Beaujón Graterol” de esta misma entidad, gustosamente y con un profundo interés de compromiso con el eminent e y virtuoso venezolano, Doctor José Gregorio Hernández y con todo el país, entregamos esta interesante obra que, aunque fue editada por primera vez hace ochenta años, conserva hoy íntegramente su extraordinario valor testimonial.

Dr. Rafael Pineda Piña
Rector de la Universidad Politécnica Territorial
Alonso Gamero de Coro, estado Falcón

En Memoria del Dr. José Gregorio Hernández

Complace a la directiva de la Fundación Biblioteca “Oscar Beaujón Graterol” de Coro, la cual me honro en presidir, la reedición en texto digital e impreso de esta obra que el lector tiene a la vista, editada por primera vez en 1945 en la Tipografía Americana de Caracas y escrita por el doctor Temístocles Carvallo, sobrino del Doctor José Gregorio Hernández, individuo de número de la Academia Nacional de la Medicina y profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela.

Este texto, así como algunos otros que sobre el mismo tema custodia y preserva la “Biblioteca Oscar Beaujón Graterol”, forma parte de la colección biblio-hemerográfica que a lo largo de su vida académica y científica, reunió nuestro padre Doctor Oscar Beaujón Graterol y que después de su muerte, sus herederos donamos en 1996 a su ciudad natal de Coro, capital del estado Falcón, en donde, además de haber sido enriquecida con otras de personalidades

de la región (Doctor Arístides Beaujón Graterol, Ingeniero Alfredo Van Grieken Bravo, Señor Teodoro Dovale Sánchez, Profesor José Villegas y Profesor Luis Dovale Prado) permanece prestando servicio social de documentación e información.

En tal sentido, y en el marco de la celebración y eufórica complacencia nacional por el singular acontecimiento de santificación vaticana del Doctor José Gregorio Hernández, cuyo acto tuvo lugar el 19 de Octubre de este año, la Fundación Biblioteca “Oscar Beaujón Graterol” y la “Universidad Politécnica Territorial Alonso Gamero” del estado Falcón, ofrecemos nuestro modesto aporte para homenajear su vida ejemplar y reconocer la infinita bondad con la que se dedicó a entregar toda su sabiduría médica para aliviar y sanar el padecimiento de quienes le necesitaron, especialmente de los más pobres, tal como lo manda la ley de Dios cuando reza “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. En sus textos se exploran las múltiples facetas de la vida y obra de este santo venezolano, destacando su compromiso con la salud y el bienestar de la población, independientemente de la condición económico-

social que tuviesen los atendidos. Destaca su misión civilizadora y de cómo, desde la fe en Dios y la ciencia médica, buscó no solo curar enfermedades, sino también sembrar la esperanza de que una vida digna y humana era posible para todos y especialmente para los más necesitados de alimento y amor. Se menciona su capacidad de empatía que siempre le acompañó como un don divino para relacionarse con sus pacientes, abordando sus problemas con entrega absoluta para sacarlos del padecimiento, lo que le permitió ganar el respeto y la admiración de quienes lo rodeaban.

La obra destaca la sabiduría y capacidad del Doctor José Gregorio Hernández para comunicar a cualquier mortal de forma sencilla y comprensible, conceptos complejos de manera accesible. Se citan opiniones de contemporáneos que destacan su prosa tersa y su capacidad para penetrar en el entendimiento del lector, lo que contribuyó a formar en su producción escrita, un legado de la cultura nacional. Se aborda su formación académica y su enfoque en la investigación científica, que le ayudó a evitar caer en simplificaciones y dogmas en ese

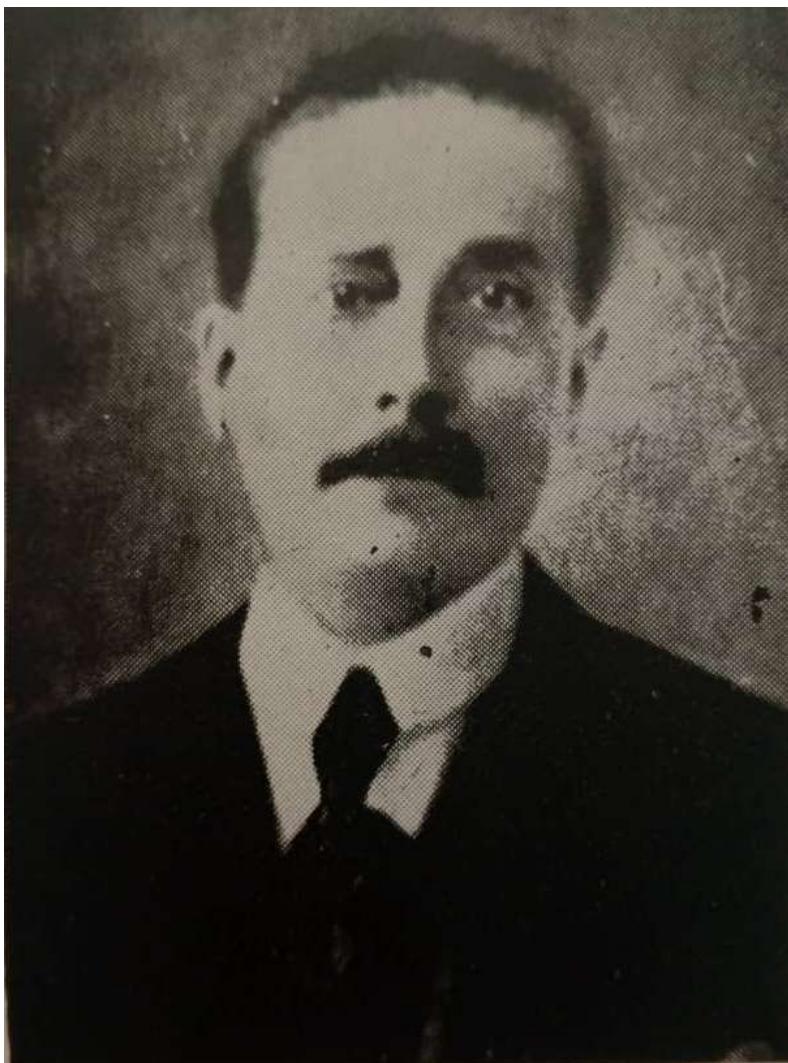
campo del saber y a ser un clínico excepcional, que dominaba tanto la teoría como la práctica, en los diversos ámbitos de la medicina general. El libro también menciona su trascendente aporte a la educación médica venezolana y de cómo esto influyó en muchas generaciones de médicos y profesionales de la salud en nuestro país. Además se expone cuál era su visión sobre el progreso social y su creencia en la capacidad de la humanidad para superar sus desafíos a través del conocimiento y la solidaridad.

La obra concluye con una reflexión sobre la memoria del Doctor José Gregorio Hernández, cuya figura sigue viva en la conciencia colectiva de los venezolanos, recordándole, no solo como médico, sino como un ser humano infinitamente bondadoso, con una profunda fe en Dios y como símbolo de esperanza y salvación en las peores circunstancias que se presentan en la vida. Su legado perdura, inspirando a nuevas generaciones a seguir su ejemplo de dedicación y servicio a la comunidad, sobre todo a los más pobres. En ese sentido, nuestra Fundación, junto a la Universidad Politécnica Territorial de Falcón “Alonso Gamero”, se

enorgullece en participar en esta coedición de la obra: “José Gregorio Hernández, Gran Figura de la Ciencia Venezolana” y con ello entregar esta modesta contribución que nos enseña aspectos singulares de la vida y obra de este sabio y santo venezolano.

Bienvenido sea pues, en hora buena, este encuentro que ha permitido a nuestras instituciones culturales y educativas hacer acto de presencia en esta celebración nacional y ofrecer esta información que contiene fuentes históricas de primera mano que fueran, como hemos anotado antes, celosamente conservadas por nuestro padre, doctor Oscar Beaujón Graterol.

Arq. Aurora Beaujón de Sully.
Presidenta de la Fundación Biblioteca
“Oscar Beaujón Graterol”



DOCTOR JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ
1864-1919

PALABRAS LIMINARES

Reúne hoy este opúsculo, apreciaciones que en distintas fechas y oportunidades, me sugirió la obra civilizadora y fecunda realizad en Venezuela, por el doctor José Gregorio Hernández.

Algunas de ellas han visto ya la pública luz en las columnas de la prensa de Caracas; y su actual reimpresión tiene el propósito de facilitar al espíritu del lector, una visión más completa o menos truncada, sobre varios de los aspectos que ofrece al análisis crítico, aquella vida excepcional.

Por lo demás; quien recorra sin prevención estas páginas, sólo habrá de tropezarse con hechos y documentos auténticos; y escuchará de labios autorizados, opiniones o juicios esencialmente ecuánimes, que le dan carácter de fría objetividad a la disertación.

En tal virtud, el fallo de los contemporáneos libres de prejuicios, resultará por fuerza, tan sereno

e imparcial, como el de postreras y aún lejanas generaciones.

Caracas: mayo de 1945

T. Carvallo.
De la Academia de Medicina



Escudo de la familia Hernández y Cisneros.
En: Archivo Fotográfico del Dr. Oscar Beaujón Graterol

EL MÉDICO, EL SABIO, EL SANTO

José Gregorio Hernández fue no sólo un técnico eminente de cuya formación mostrábase orgulloso el gran Mathias Duval, creador de la Embriología en Francia y la mapas alta personalidad en su época, de la Escuela de Paría, sino que su eficiencia como hombre de laboratorio e investigador, iba complementada por la del individuo de acción social amplia, que deseaba contribuir con sus facultades y conocimientos a la solución de los múltiples problemas de una comunidad incipiente, en situación precaria y cuya clase directora era incapaz para afrontar todas las cuestiones que surgían a diario, en el seno mismo de la unidad nacional. Él, conocía mejor que nadie, las lacras y miserias de su pueblo, con las que de años atrás venía rozándose en una diurna e incansable labor de filantropía.

Hasta el 17 de marzo de 1909, cuando fue creada la Comisión de Higiene Pública, de la cual formó parte el doctor Hernández, como profesor de Bacteriología y Fisiología Experimental, no existía en

Venezuela ni el esbozo de una organización sanitaria, y, si las perentorias necesidades debidas a la invasión de la peste bubónica y otros flagelos, hicieron comprender a las autoridades, la urgencia de un instituto adecuado, procedieron con simples tanteos, sin estudiar a fondo la adaptación de reglamentos y sistemas que en otros países habían sufrido ya sus pruebas, a las paupérrimas condiciones del medio vernáculo.



El doctor José Gregorio Hernández cuando niño. Publicada en:
HERNÁNDEZ BRICEÑO, ERNESTO. Homenaje al Doctor José Gregorio
Hernández (Recopilación). Caracas: Imprenta de la Nación, 1945

Llegado de Europa, donde fue a solicitar aquellos ramos del saber indispensables para la reforma trascendental y benéfica a que hayan sido sometidos nuestros estudios médicos desde la época de Vargas, dióse cuenta el doctor José Gregorio Hernández, más que otro alguno, de cómo ese progreso para ser eficaz, debía marchar al unísono con medidas de orden social que insuflaran calor y vida al emaciado organismo venezolano; y lejos de encerrarse en la paz del trabajo científico o en la tranquilidad egoísta de sus experimentos y sus libros, se lanzó a la calle, para llevar con el desinterés y el ardor del verdadero patriota, alivio a tantos males seculares, sosiego a tantas almas en zozobra.

De allí, que deba considerársele cual uno de los precursores de nuestra Asistencia Social moderna; secreta providencia del obrero infeliz y de su familia, abandonados en su incuria, por una política enana y sin atisbos hacia el futuro preñado de los más ingentes problemas colectivos.

Y como para acercarse a la entraña del sufrimiento humano, la clínica le pareció ser el

vehículo de la acción más útil, hubo de juntar a la investigación científica pura, el gesto apostólico del médico práctico. “Trabajando asiduamente durante años- dice el ilustre doctor Manuel A. Fonseca- afinó primorosamente su sentido, y se hizo dueño absoluto de cada uno de los innumerables y delicados elementos que facilitan y aún permiten la observación, cuyo olvido o ignorancia son desastrosos a la cabecera del enfermo, y se encuadró entre los grandes lineamientos de un clínico esclarecido. Conocedor profundo de los medios de exploración, experto en requisas de laboratorio, buen fisonomista, de clara visión médica y dilatada experiencia, diagnosticaba con facilidad y desenvoltura y se movía gallardamente, sin trasteos, en los anchos dominios de la medicina general.

De simpático y distinguido talante, sabía acercarse al lecho del paciente, y en postura casi humilde, de ordinario con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchaba la historia, escudriñando con mirada viva y penetrante cuanto merecía tenerse en cuenta, antes de irse a fondo en el examen, ejecutaba ordenado, completo, sagaz y rápido. Le

daba a la historia de la enfermedad toda la importancia que merecía; pero económico de tiempo era muy hábil para cohíbir en el cliente ciertas verborreas inquietantes que antes de aclarar el problema lo complica. Escribía la fórmula y hacía las indicaciones, por lo regular, de pie, con aire presuroso, pero sin olvidar detalles y, daba por terminada la visita.



El doctor José Gregorio Hernández en 1878 cuando llegó a Caracas.

En: Archivo Fotográfico del Dr. Oscar Beaujón Graterol

Cultivador asiduo de la terapéutica, de la materia médica y ciencias complementarias, hizo acopio de grande arsenal para responder a la

indicación; de suerte que sus recursos eran inagotables sobre todo en el tratamiento de las enfermedades crónicas y en los incurables; y manejaba los medicamentos llamados heroicos con admirable sangre fría... Fue el genuino representante de la ciencia venezolana contemporánea”¹

Agréguese a todo esto aquella intuición especial que le distinguía entre los demás profesionales, y por virtud de la cual, adivinaba –más que veía– la accidentada senda del diagnóstico, apreciaba con rapidez y en su conjunto las diferentes fases del problema que demandaba inmediata solución, sorteando con maestría los peligros que oscurecían el pronóstico: y tendremos en líneas fundamentales, la silueta de uno de los clínicos más eminentes que han florecido en nuestro medio. Clínico, adiconado de filántropo. Altruismo y abnegación sin límites, en épocas de gran penuria y de convulsiones anárquicas, cuando las tendencias disgregativas del cuerpo social eran contenidas

¹ Dr. M. A. Fonseca. Cultura Venezolana. N°. 8. Julio-Agosto 1919.

apenas por la mano ruda y despiadada de caciques montaraces.



El doctor José Gregorio Hernández cuando se graduó de bachiller en 1884.

En: Archivo Fotográfico del Dr. Oscar Beaujón Graterol

Gran clínico, aplicaba con éxito el doctor José Gregorio Hernández, los métodos y procedimientos que había logrado asimilar y perfeccionar en los centros científicos de Europa, de manera que su perspicacia en el diagnóstico y su seguridad para el pronóstico le granjearon la justa celebridad de que gozaba en los vastos dominios de la medicina

interna; pues, aun cuando en su juventud se ejercitó con lucimiento en cirugía, practicando quizás por primera vez en Venezuela, la curación radical del pie zambo; y, si al decir de algunos de sus más antiguos discípulos, reveló poco tiempo después de su regreso de Europa, en los exámenes universitarios, extensos conocimientos teóricos y prácticos de obstetricia, fue al cultivo de la clínica médica que dedicó más tarde todos sus desvelos, adquiriendo en una labor incansable de patriotismo y de bien, el halo de apóstol de la caridad, con que fue condensándose día a día, alrededor de su figura ya legendaria, el respeto, el amor y la gratitud de sus conciudadanos. En efecto: ¿quién no le conoció, ni observó con admiración su ir y venir cotidiano por las calles de la urbe, con la sonrisa en los labios y un venero inagotable de bondad dentro del pecho? ¿Qué desventurado llamó vanamente a su puerta, o cuál herida moral se abrió a su paso, sin recibir al punto el bálsamo de una afectuosa participación? Los pobres y las víctimas silenciosas del dolor ¿no le debieron siempre el consejo, la reflexión serena y aquel fulgor de esperanza que venía de lo infinito del

ser, irradiaba en su semblante y encendía sobre la noche de tantas vidas, una promesa de aurora?

“Los viejos médicos, discípulos y sucesores de Vargas, –anota su fraterno amigo, el sabio doctor Santos A. Dominici– fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarla sin celos ni orgullo y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo, confiárosle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de la más extensa clientela que haya tenido médico alguno entre nosotros. No creo exagerar si asiento que los primeros diagnósticos científicos hechos en Caracas fueron los suyos. Sus aciertos, obra exclusiva de su ciencia, diérонle en todas las clases sociales una autoridad médica que no se discutía. Repitióse con él lo ocurrido con Vargas, el padre y fundador de nuestros estudios médicos, que llegó a ser el ídolo de cuantos sufrían en Venezuela y fuera de Venezuela. Acudía con igual interés a la rica mansión y a la humilde choza; con todos ejercía su innata munificencia: prestaba a los ricos ciencia, asistencia asidua, cuido esmerado; regalaba, además, a los mesesterosos, los medicamentos, y aún los

alimentos. Todo ello con una humildad, una afabilidad que prendaban los corazones. Fue a su muerte cuando la población entera vino a darse cuenta de la existencia de aquella caridad ejercida sin ruido, que los favorecidos clamaban entonces desahogando su comprimida gratitud: de allí la consideración y el dolor, el sentimiento de orfandad que produjo la súbita desaparición de aquél hombre cuya memoria por unánime asentimiento, santificada, persiste tan viva hoy, como hace veinte y cinco años".²

Evitó hábilmente el escollo donde naufragan con frecuencia los hombres de laboratorio, al querer encerrar en simples fórmulas algebraicas o apotegmas técnicos, las más complejas cuestiones terapéuticas; y, hombre de acción, fue la Clínica el campo de sus aficiones, pues bien podía aplicar a la cabecera del enfermo un cúmulo de conocimientos atesorados en largas horas de vigilia intelectual y satisfacer a la vez sus tendencias de filántropo y sus inclinaciones de apóstol. Cuáles fueron sus éxitos

² Doctor Santos A. Dominici: "Elegía al doctor José Gregorio Hernández".

profesionales y cómo era de sagaz en el arte tan difícil del diagnóstico, lo atestiguan la legión de sus clientes agradecidos y el respeto con que su opinión era oída por colegas que administraban la diafanidad de su criterio y sus inagotables recursos de práctico.

“Fue médico científico al estudio moderno, – dice el doctor Luis Razetti– investigador penetrante en el laboratorio y clínico experto, a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fue médico profesional al estilo antiguo: creía que la medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa desdeñosa para la envidia y una caritativa tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre el incombustible pedestal de su ciencia, de su pericia, de su honradez y de su infinita abnegación. Por eso su prestigio social no tuvo límites, y su muerte es una catástrofe para la patria”.³

³ Discurso en el cementerio.

Ciencia y caridad fueron las normas de su labor sin tregua, en el medio social venezolano. No obstante su enorme clientela que cual se ha dicho, comprendía la ciudad entera desde el palacio a la humilde choza, el doctor José Gregorio Hernández se dedicó sin embargo, como nadie antes o después de él, a ejercer no la simple filantropía, sino la verdadera caridad cristiana para con los menesterosos, convirtiéndose a la postre, en su padre y benefactor.

Si acude con proverbial puntualidad, a las innumerables consultas de los ricos, prestándoles sus conocimientos y esmerado cuidado, nunca lo hizo llevado de un bajo mercantilismo, y a la verdad – escribe su biógrafo– “concedía liberal preferencia al pobre que humilde le llamaba y no podía ofrecerle pago pues no tenía con qué, sobre el rico que le solicitaba instante, y cuyo bolsillo pudiera acaso deslumbrarse con el señuelo de un cuantioso estipendio”. Alma sencilla, ajena a toda propensión mercenaria, ofrecía principalmente a los desheredados de la suerte, el fresco e inagotable manantial de una munificencia evangélica.

Su puerta permaneció abierta al tímido llamado del infortunio, y siempre se le vio de vanguardia en la hora de los grandes conflictos nacionales: fue el primero que se alistó en la milicia de su parroquia con motivo del bochornoso bloqueo de 1902, y durante aquella terrible epidemia que a manera de alud se abatió sobre Venezuela el año de 1918, haciendo temblar a los magnates en sus antros de sórdido egoísmo; Hernández, usando por vez primera el ráudo automóvil, visitaba día y noche, sin descanso, las barriadas más pobres, distribuyendo entre los indigentes, ciencia, medicinas y hasta alimentos, como apóstol señorero de un naciente espíritu de solidaridad colectiva. En esos días luctuosos, dice el Rvdo. Padre Carlos Guillermo Plaza, “oyeron su paso característico, aquel andar menudo, rápido, las chozas más pobres de los más alejados barrios de Caracas. Y con su paso, entró en ellas la sonrisa, la ciencia, la palabra cariñosa. Su amor hacia el pobre es sumamente delicado: no quiere herirlo. Por eso el doctor Hernández se ingenia para hacer el bien y... quedar oculto.

Con sus propias manos hace unos paqueticos de monedas y muy temprano, antes de que los obreros se hayan levantado, los arroja por la ventana de sus casas. Cuando éstos descubren el paquetico: “por aquí ha pasado el doctor Hernández – exclaman– y no se equivocaban. ¡La estela era muy suya!. Otro día será a la cabecera de un enfermo pobre. Descubre que no pueden comprar la medicina; y entonces disimuladamente, con el pretexto de auscultarlo mejor, desliza un billete debajo de la almohada... A veces, a los dos días la familia se percata ¿Quién? El doctor Hernández: es su estilo”.⁴

Su exquisita sensibilidad ante el dolor humano lo llevó a fundar entre nosotros “el cepillo de beneficencia” tan acorde con el orgullo puntilloso del venezolano; pues al depositar el obrero lo que podía, como pago de la consulta, no se sentía humillado, sino creía haber resarcido con el sudor de su trabajo honesto, la sabia labor facultativa. Esa obra diurna, incansable, le valió al doctor Hernández, el glorioso

⁴ Carlos Guillermo Plaza. S.J. “La inquietud de los grandes”

remoquete “Médico de los pobres”; y por ello según lo anota con elocuencia el doctísimo escritor José Manuel Núñez Ponte: “A su muerte les fue dado a muchos comprobar el vacío inllenable producido en tantos hogares ajenos de donde había sido él secreta providencia, y recoger los ayes clamantes y desolatorios que surgían de los pechos conturbados por su terrífica desaparición. Para los pobres, a quienes ministraba el oficio del buen samaritano, tenía él, óleo y bálsamo; por ellos podía velar noches enteras. Cuántas veces se le vio apurado con un lío bajo el brazo que presumía disimular, y era un abrigo para una anciana friolenta; cuántas, al paso frente a una familia que sabía menesterosa, lanzaba por la ventana sin detenerse y con cautela, para no ser visto, algún auxilio pecuniario; cuántas afrontando la lluvia, andaba por arrabales e iba a parar dentro de un bohío infecto donde se necesitaban sus cuidados; cuántas, en fin, tendía la mano al necesitado para devolverle con un gesto amable o una frase de delicadeza suma el emolumento recibido”⁵

⁵ Dr. J.M. Núñez Ponte: “Ensayo crítico-biográfico del doctor José Gregorio Hernández”.

Tales dotes de ciencia, de bondad, de socialismo espiritual y trascendente, hicieron del doctor Hernández el prestigio médico-social más sólido de su época, y esculpieron su figura con líneas firmes e imborrables, en el mármol de las tradiciones venezolanas. Ellas movieron al doctor Diego Godoy Troconis, representante del Congreso Nacional, a pronunciar, entre otros elogiosos conceptos, estas nobles palabras sobre la tumba del sabio y del filántropo: "Inició Hernández, igualmente los primeros experimentos en fisiología que desgraciadamente quedaron interrumpidos por más de veinte años hasta la reciente creación del Instituto de Medicina Experimental, y los cuales sirvieron fundamentalmente a nuestro otro gran muerto: Rafael Rangel, para la acción creadora y fecunda en el campo de las investigaciones científicas. Hombres como Hernández, están llamados a vivir siempre en el corazón de su pueblo, como símbolo de bondad y de comprensión. En Congreso de la República, se hace intérprete de los altos sentimientos nacionales y ha destacado la Comisión que me honro en presidir, para que en su nombre depositemos una ofrenda floral sobre la

tumba de este venezolano sabio y justo, en el vigésimo quinto aniversario de su muerte”.



José Gregorio Hernández cuando recibió el título de doctor.

Publicada en: HERNÁNDEZ BRICEÑO, ERNESTO. José Gregorio Hernández (Recopilación). Caracas: Imprenta de la Nación, 1945

Su misticismo no se perdía entre nubes de incienso, sino cobraba en la solemnidad del Santuario, el vigor indispensable para convertir en hechos, los sueños en su fantasía. Y, si como lo dije en solemne oportunidad, el doctor Hernández sabía muy bien que en medio de nuestra egolatría anárquica, la actividad creadora sólo tiene dos polarizaciones fecundas: el místico o el caudillo;

prefirió a la clámide roja del caudillo, la toga inmaculada del Sabio-Santo.

Individualidad compleja y fuerte, se observan en José Gregorio Hernández, el idealismo del místico y la voluntad del hombre de acción que, lejos de bogar en el mar de divulgaciones insubstanciales se va derecho al objetivo y saca de la corteza de la indiferencia pública, un raudal de aguas vivas. No sabía de componendas cobardes, ni se plegó jamás a las influencias de un medio en el que la mediocridad es promesa de éxito y la ductilidad oportunista tiene tantos admiradores. Carácter hecho de una pieza sola, apartaba toda suerte de complacencias cuando el deber, norma y guía de sus actos le marcaba imperiosamente el camino. Por eso fue su vida clara y fecundante como una fuente, que si copia el azul del cielo, lleva también al predio gérmenes de renovación.

Pensador meduloso, antepuso la majestad de la ideas al oropel de la frase y esquivó las logomaquias de teorizantes y pseudo-sabios que lejos de ahondar en los problemas sociales se

embriagan con el humo de arbitrarias ideologías. En un castellano limpio y terso, exento de abalorios retóricos, legó a la cultura nacional –según lo expresa el doctor Razetti– “hermosos capítulos de ciencia alta y profunda y deliciosas páginas escritas en el más puro lenguaje del arte clásico”. Refiriéndose a sus “Elementos de filosofía”, escribe el doctor Dominici: “No he leído libro alguno de más terso estilo ni que penetre más expeditamente en el entendimiento. Clara linfa que envuelve profundidad de océano y que atrae como el abismo”. Escéptico en cuanto a doctrinarismo políticos aleccionado por un sólido estudio de los fenómenos biológicos, sabía el doctor Hernández que no se curan con simples constituciones de papel, (“obras frágiles de manos infantiles”) los vicios de una estructura étnica tan compleja como la nuestra; pero su optimismo filosófico, lo hacía esperar mucho, en cambio, de los factores misteriosos que obligan las agrupaciones orgánicas a un continuo perfeccionamiento, eliminando en ellas progresivamente todos los elementos regresivos. Y, lejos de inmovilizarse en moldes arcaicos, armonizó siempre de manera bella y amplia, las más avanzadas conquistas científicas,

con el fondo austero de religiosidad que formaba el núcleo de su personalidad excepcional.

De abolengo le venían la firmeza del carácter y su prestigiosa integridad moral, ya que según lo relata el ilustrado doctor Vicente Dávila, en su interesante obra “Próceres trujillanos”: “Su abuelo Remigio Hernández, nacido en Boconó de Trujillo en 1778, casó con Lorenza Ana de Manzaneda, hermana del Pbro. Enrique Manzaneda y Salas, prócer de muestra independencia. De allí el parentesco de este último, orgullo y timbre del clero trujillano, que supo defender sus ideas republicanas hasta morir en la pampa apureña con el doctor Hernández, que trajinando vías de santidad, confirmó con su ejemplo la augusta trinidad de un varón que fue sabio, humanitario y justo. La generosidad era en él tradicional. Se ha visto que su deudo el prócer Manzaneda y Salas no guardó nada para sí, porque distribuyó de igual manera sus haberes. También es conocido lo del Pbro. Felipe Antonio Hernández, natural de Boconó y deudo suyo, el cual facultó el año de 1810 en que murió, a su albacea Pbro. Juan Nepomuceno Ramos Venegas, para que de sus

bienes se hicieran obras pías, siendo una de ellas la primera escuela pública de Boconó. Murió el doctor Hernández como su deudo, al pie de la bandera, cumpliendo cada cual con su misión: en los campamentos, el que defendía la patria; y conduciendo medicinas, el que defendía al enfermo en su dolor. Fuerte, sin nada que en su columna pudiera doblegarse, atravesó sereno por la vida con su plumaje blanco". "Figura clara y transparente, la figura del Maestro: José Gregorio Hernández"; ha dicho un galano escritor.



Ofrenda de los trujillanos. Publicada en: HERNÁNDEZ BRICEÑO, ERNESTO.

Homenaje al Doctor José Gregorio Hernández (Recopilación).

Caracas: Imprenta de la Nación, 1945

“Maestro de vida, de juventudes, de Patria... No concibió la vida como estéril especular filosófico, o como ensayo artístico, o como pasatiempo. La profesión no fue para él, sinónimo de instrumento de lucro. No perteneció a la clase gris de los resignados: los que contemplan desgranarse ante sus ojos las humanas tragedias, cruzados los brazos. Ni indolente ni mero espectador”. Por ello siguen cayendo sobre su tumba, en oblación de gratitud, las lágrimas de los humildes y las rosas de los jardines avileños.

EL REFORMADOR DE LOS ESTUDIOS MÉDICOS

Según el doctor Ambrosio Perera, miembro muy distinguido de la Academia Nacional de la Historia y quien con gran empeño y éxito se ha entregado a la meritoria labor de explorar nuestros anales médicos: “Todo aquel que imparcialmente recorra las páginas de la medicina venezolana, encuentra tres fechas trascendentales: 1763, 1827 y 1891. En efecto: el 10 de octubre de 1763, inaugura la Cátedra de Medicina en la Universidad Real y Pontificia, el ilustre doctor Lorenzo Campins y Ballester; el 09 de noviembre de 1827, el doctor José María Vargas, da comienzo a la cátedra oficial de Anatomía, después de haber decretado el Libertador, por insinuación del Rector Vargas, el 24 de junio del mismo año, la creación de la Facultad de Medicina, que vino a sustituir el antiguo Protomedicato, creado por Real Cédula de Carlos III el 14 de mayo de 1777. Por fin, el 6 de noviembre de 1891, el doctor José Gregorio Hernández, inició la cátedra de Bacteriología y con ella implantó oficialmente en nuestra Alma Mater, la

revolución establecida por Pasteur en el campo de las ciencias biológicas”¹.

El mérito de Campins y Ballester fue enaltecido y confiado al recuerdo de los pósteros, por el verbo austero y elocuente del mismo Vargas, en su memoria presentada a la Sociedad Médica de 1829, cuando dijo que el eximio médico español “fue un profesor animado de un celo muy honorífico por su profesión, quien deseoso de sacar de la caterva de medicastros o curiosos, hombres de educación profesional y de verdaderas luces, concibió con razón que no había otro medio más adecuado, que el de propagar estas luces y formar médicos en Caracas”. Y si la gloria de Vargas, no necesita de las frases pálidas de un elogio circunstancial, debemos sin embargo convenir, en que a pesar de sus nobles esfuerzos, las condiciones propias de la época, lo imposibilitaron para emancipar totalmente nuestra Medicina de los rezagos del curanderismo; de manera que el reformador vióse obligado, cuando

¹ Discurso del doctor Ambrosio Perera en la Universidad Central al celebrarse el 80 aniversario del nacimiento del Doctor José Gregorio Hernández.

abandonó la Cátedra de Anatomía para ir a ocupar la presidencia de la República, arrastrado por un sufragio nacional casi unánime, a dejar como substituto en dicha asignatura, a su practicante, que no poseía títulos académicos de ninguna especie. “La obra de Vargas quedó estacionaria”, afirmó con dejo de melancolía, el elocuente Elías Toro; pues, sin que ninguna responsabilidad les cupiera a sus discípulos, muchos de ellos tan ilustres, el medio no se prestó luego, para llevar a término los planes y reformas del Patriarca, toda vez que al decir del propio Toro: “El ambiente de la Patria se tornó de súbito no propicio a la serena elaboración de la idea de ciencia; una tempestad de pasiones se desató con furia y amenazó ahogar en pozos de rencores y de odios la primeriza flor de la República. Y cuando ya parecía serenado el ambiente, y del seno mismo de la catástrofe había surgido como una blanca flor propiciatoria, la cándida paz, un hado adverso, una sombra fatídica como de cóndor rapaz sobre tímido rebaño, cayó sobre la madre Universidad, y la ruina, el abandono y el silencio volvieron a reinar en aquella entraña de la Patria, que habían señorreado, como sublimes deidades, Bolívar y Vargas. Herida en

las propias fuentes de su existencia material, la Universidad de Caracas dejó de ser entonces el foco del progreso científico de la República; y hasta llegó a iniciarse en ella un torpe movimiento regresivo, que la habría llevado a los más ignominiosos términos”²



El doctor José Gregorio Hernández cuando llegó de Europa.

En: Archivo Fotográfico del Dr. Oscar Beaujón Graterol

Los estudios médicos, como era natural, se resintieron hondamente de ese estado de turbulencias anárquicas, y, según lo anota el mismo

² Elías Toro. Discurso en el Primer Congreso Venezolano de Medicina.

doctor Perera, “basta para convencerse de ello, ver en los legajos del Archivo Universitario, cómo en los exámenes de grados verificados casi en la mitad del siglo, se ponía como tarea al estudiante la discusión de los aforismos de Hipócrates”. Es cierto que ya al finar la centuria, mejoraron algo las condiciones pedagógicas; pero, sin Bacteriología, base de la Etiología; sin Histología, fundamento de la Anatomía Patológica; y sin Fisiología Experimental, soporte de la Terapéutica moderna, el arte de curar no habría logrado despojarse entre nosotros, del sedimento de rutina empírica que aún conservaba como rasgo esencial de su carácter; y para cuya justa apreciación, me permitiré copiar siquiera en parte, un documento oficial, a todas luces memorable. Con esa Resolución el gobierno ilustre del doctor Rojas Paúl, pinta el lamentable atraso de nuestros sistemas de enseñanza universitaria y destaca la urgencia con que se hacía sentir la aparición de las nuevas asignaturas, que implantó después el doctor José Gregorio Hernández: “Observándose que los estudios médicos en Venezuela se recienten de lamentable deficiencia en el campo objetivo de la experimentación, ora por falta de clínicas especiales

y de museos y gabinetes científicos donde pueda hacerse ejercicio práctico de las teorías de la Facultad, ora por falta de profesores especialistas en determinados ramos esencialmente experimentales, que han obtenido hoy notable perfeccionamiento, y en los que el progreso ha encontrado a base de nuevos sistemas y sorprendido el secreto de nuevas medicaciones: el Presidente de la República, en cuyo ánimo han influido tales circunstancias, atento además a la consideración de que al fundar el Gran Hospital Vargas no le ha movido tan sólo un propósito benéfico, sino que ha querido también realizar un progreso científico, ofreciendo así al mismo tiempo asilo generoso al desvalido y fecundo campo de estudio y de observación a la ciencia, ha tenido a bien resolver, previo el voto del Consejo Federal: Por cuenta del Gobierno Nacional se trasladará a la ciudad de París un joven médico de nacionalidad venezolana, graduado de Doctor en la Universidad Central, de buena conducta y de aptitudes reconocidas, con el fin de que curse allí teórica y prácticamente las siguientes especialidades: Microscopia, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología

Experimental". Los estudios por lo tanto, al decir del Gobierno, eran puramente teóricos. Se carecía de museos, laboratorios, clínicas y gabinetes científicos, para hacer en ellos "ejercicio práctico de las teorías de la Facultad"; así como de profesores especialistas en ramos esencialmente experimentales de la Medicina, sin los cuales era imposible adoptar los cánones de nuevos métodos de tratamiento, ni ponerse a tono con el progreso científico del siglo.

Con tintes igualmente sombríos, nos retrata el ambiente universitario de esa época, un celebrado escritor venezolano: "La ignorancia y el atraso se pusieron a la larga en evidencia formidable. El favoritismo de la política, por otra parte, fué a veces móvil funesto para la provisión de las cátedras; y se dio el caso de que ante la ineptitud de profesores, los cursantes se viesen obligados a solicitar catedráticos supernumerarios fuera del instituto. Los maestros de la Facultad, fervientes adeptos de la escuela de Broussais, seguían atribuyendo a la irritación e inflamación la misma influencia preponderante que Vargas y sus contemporáneos le asignaban en la patogenia de las enfermedades; y sus teóricas

disertaciones sobre la estructura de órganos y tejidos, no se aventuraban más allá de los añejos conceptos de la fibra y la membrana. Como nota del retardo, las doctrinas pasteurianas, no obstante contar ya lustros de vida, no habían encontrado quien las comentara ni declarara. En alguna catedra oyóse mencionar alguna vez como espantosos fantasmas los microbes: y cuando no se sabía ni traducir lo más elemental, no es extraño que no tuvieran cabida en los planes de la enseñanza los tesoros con que allende los mares se enriquecía la ciencia".³

Para corregir tan deplorables deficiencias y de acuerdo con la Resolución mencionada, fué escogido el doctor José Gregorio Hernández por decreto ejecutivo de 31 de julio de 1889, que dice así: "EE.UU de Venezuela. Dirección de Instrucción Superior. Caracas: 31 de julio de 1889,26° y 31°. Resuelto: De conformidad con la Resolución de este Despacho de esta misma fecha, por la cual se dispone enviar a la ciudad de París a un joven médico venezolano con el

³ Doctor J.M. Núñez Ponte. *Ensayo crítico-biográfico del doctor José Gregorio Hernández.* 2da. Edición.

fin de que estudie determinadas especialidades científicas, el Presidente de la República, con el voto del Consejo Federal, ha tenido a bien designar con tal objeto al ciudadano Doctor José Gregorio Hernández, en quien ventajosamente concurren las favorables circunstancias personales a que se refiere la Resolución susodicha. Comuníquese y publíquese. Por el Ejecutivo Federal, Silva Gandolphi”.

Desde ese instante, Hernández se entregó por completo al oficio que le encomendara la Patria y valoró muy bien, la magnitud y trascendencia de su encargo para las exigencias de nuestra cultura médica; adquiriendo un copioso acervo de conocimientos que lo capacitó para escribir, más tarde al Ministro de Instrucción Pública: “Pronto como estoy a realizar el objeto primordial de esta misión, es decir: la introducción en nuestro país de los estudios que constituyen el principal orgullo de la ciencia moderna, me apresuro a enviar a usted, la lista de los aparatos e instrumentos necesarios para la fundación del Laboratorio de Fisiología Experimental de la ilustre Universidad Central de Venezuela. Presa de la mayor emoción, señor

Ministro, contemplo este gran acontecimiento para nuestro país, de la creación de un instituto que estará al nivel de los más adelantados del mundo científico, puesto que será una copia exacta del mismo laboratorio de la Facultad de Medicina de París". Y el gobierno de la República, presidido a la sazón por el doctor Andueza Palacios, le confirió el encargo de traer os instrumentos, aparatos y enseres necesarios al Laboratorio Nacional.

Vino en tal virtud, José Gregorio Hernández a colmar una inmensa laguna de nuestra evolución científica; y su obra, como maestro incomparable de varias generaciones, reformador de los estudios médicos y hombre de directivas morales inconfundibles no será debidamente apreciada, sino al correr de los años, cuando la lejanía y una creciente madurez del sentido crítico, ensancharán el radio de la perspectiva histórica en Venezuela. Pero la justicia póstuma, entre tanto, por la pluma de su biógrafo, ha esbozado ya su noble perfil de civilizador, mediante la enumeración escueta y sin retórica de hechos incontrovertibles: "Antes de Hernández las enseñanzas no pasaban de meras

figuras pintadas en los textos, palabras que se aprendían y se repetían de coro; cuando más, alguna escasa práctica rutinaria en los llamados hospitalés. Con él y después, acabaron los resabios; fueron ya fenómenos que se observaban; hechos, apreciaciones biológicas que se podían verificar por una experimentación sistematizada y científica. Porque él fué quien trajo aquí el primer gran microscopio y enseñó su majeo, sus empleos, su importancia; el que hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos; el que puso a estudiar y calcular el número de los glóbulos sanguíneos; el que coloreó los microbios y los cultivó en obsequio de los clínicos; el que realizó las primeras vivisecciones, con que sus discípulos pudieron darse cuenta, por propios ojos, de las maravillosas funciones de la vida animal. Fue aquella hora de revelación, cuando en las vastas selvas de la experiencia, en el curso de la “caza de Pan” que dice Bacon, al golpe de vara mágica, brotaron nuevas y cristalinas fuentes para las ávidas generaciones universitarias”.⁴

⁴ Dr. J.M. Núñez Ponte. Ensayo crítico-biográfico.

La escuela que Hernández formó, donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia y cuyos renuevos se encuentran hoy dispersos por los ámbitos de la República y aún en el exterior, prolongará en el tiempo la función docente del Maestro; y su mismo sucesor en la cátedra de Bacteriología, ha consignado para la historia, este valioso testimonio: “Él, y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia; estudiaron la mayor parte de los gérmenes morbíferos en el país, e hicieron a la Escuela Venezolana, marchar al unísono con las conquistas de la nueva ciencia. Más tarde, cuando la era de los microbios –como dijo el gran Patrick-Manson– había llegado a su apogeo y la de los protozoarios comenzaba, un discípulo de Hernández marcó época en los anales de nuestra medicina, y empieza entonces la era de la Parasitología en Venezuela con los trabajos de Rafael Rangel”.⁵

⁵ Jesús Rafael Ríquez. Lección inaugural del curso de Bacteriología y Parasitología de 1925.

Más a esta benemérita influencia docente de Hernández, hay que añadir la resonancia que en el terreno de nuestra Medicina Social, tuvo el arraigo de la nueva escuela; la cual vino a darle con sus técnicas modernas, una fisonomía científica al trabajo clínico diario. Lógicamente asienta el doctor Santos A. Dominici, que José Gregorio Hernández fue quien realizó en Venezuela los primeros diagnósticos científicos, pues sin la ayuda prodigiosa del microscopio ni de un laboratorio bien dotado, ¿cómo podían indagarse en el medio tropical, la naturaleza de las causas, el mecanismo patogénico y menos aún, las lesiones específicas de nuestros procesos mórbidos?. Y “¿qué queda de un diagnóstico, se pregunta con sobra de razón el doctor Perera, si le quitamos el carácter de científico, sino la cruda opinión del curandero?”. De allí esa buena camaradería en que vivieron por tantos años en Venezuela, después de Vargas, titulares y curiosos; de tal modo que un médico distinguido como el doctor Fernández, quien ejercía en Carache, fué “el orador que hizo la apología del curandero caroreño Don Juan José Álvarez Oropeza, el día en que el pueblo lloraba su muerte y el médico, la desaparición

de un compañero”. En sentidas frases, nos relata el doctor Perera, los dolores y angustias que pasó su honorable familia, con motivo de la grave enfermedad de uno de sus más queridos miembros, en el que se sospechaba una avanzada colitis de origen tuberculoso, “hasta que llegó a Carora un aventajado discípulo de Hernández, el doctor Agustín Zubillaga, con un buen microscopio, con el cual practicó el examen correspondiente y comprobó que la colitis rebelde era producida por lamblias. La curación se obtuvo como por milagro y con ella volvieron a sentirse unidos por la alegría, los que antes estaban dominados por el gran peso de una desesperante terapéutica”. ¿Cuánto en suma, no le deben nuestra Higiene y Profilaxia Social al movimiento que inició el doctor Hernández el 6 de noviembre de 1891, sin el cual la cirugía tampoco hubiera logrado salir de los estrechos límites de la antisepsia de Lister, para, con la asepsia moderna pasear su enseña victoriosa a través de las más nobles regiones del organismo enfermo?. Por ello afirma el doctor Perera, que la revolución científica y médico-social cumplida en Venezuela por José Gregorio Hernández, “es la más grande realizada en

nuestra patria, después de aquella que lograron imponer con la pluma y el fusil, los creadores de la nacionalidad”.

Otra conspicua opinión en este sentido es la del venerable autor de Venezuela Heroica, quien con voz de profeta, ensalzó elocuentemente en su memoria al Congreso de 1892, la benéfica reforma experimental emprendida por el doctor Hernández. Dice así, Don Eduardo Blanco, Ministro entonces de Instrucción Pública: “La falta de un Laboratorio de Histología normal y Patológica, de Fisiología experimental y de Bacteriología, se venía notando desde hacía mucho tiempo en la Universidad Central, para estar a la altura de su misión en lo que respecta a la enseñanza de la Medicina Moderna: Laboratorio en que los alumnos pudiesen aprender prácticamente los mencionados ramos que constituyen una parte novísima y que han venido a abrir anchos horizontes y nuevas y seguras vías a las Ciencias Médicas. El gobierno inspirándose en estas ideas, y solícito siempre en todo lo que se relaciona con el adelanto verdadero de la instrucción, comisionó al ciudadano doctor José Gregorio

Hernández, a quien había enviado a estudiar aquellas ciencias bajo la inmediata dirección de los respectivos profesores de la Facultad de Medicina de París, para traer los aparatos e instrumentos necesarios para la creación de un Laboratorio adecuado, el que instalado convenientemente, funciona ya como queda dicho. Hoy, no es necesario indicar los beneficios que este Instituto ha de prestar a la juventud estudiosa, pues en él se la enseña a evitar las abstracciones puramente imaginativas, y se la acostumbra a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida. Y son una muestra espléndida de que este Laboratorio ha venido a llenar un vacío notable que existía en la Universidad, la asiduidad con que los jóvenes alumnos de todos los bienios de Medicina, se agrupan en torno a la nueva Cátedra, a recoger los preceptos de una verdadera enseñanza, y la constancia y entusiasmo con que se dedican a estos laboriosos estudios”.

Hernández, modernizó la Medicina entre nosotros: le dio una fisonomía propia que es hoy honra del país y adquirió todavía mozo, en los

centros científicos de Europa, conocimientos y títulos que lo destacaron luego en el accidentado camino de la ciencia vernácula, con los firmes rasgos imborrables, de un gran reformador. Como prueba de ello, debe citarse el certificado que en julio de 1890, le expidió Mathias Duval: “Yo, abajo firmado, certifico: Que el doctor Hernández ha trabajado asiduamente en mi laboratorio y aprendido el él la técnica histológica y embriológica; me considero feliz de declarar que sus aptitudes, sus gustos y sus conocimientos prácticos en estas materias, hacen de él un técnico que me enorgullezco de haber formado. Mathias Duval”.

Creo, desde luego inútil cualquier comentario elogioso alrededor de este y otros documentos similares, y acerca de la aureola que reflejan sobre el hombre y el prestigio nacional.

La erudición de Hernández que no era solo libresca, sino obtenida como se ha visto, mediante el dominio cada vez más completo de las técnicas de laboratorio, hizo de él, según lo anota con justeza el doctor Diego Carbonell: “el biólogo más ilustre de la

Escuela de Caracas... Sus conferencias sobre Histología, Bacteriología y Fisiología, constituyen verdaderos textos que, ordenados en lecciones, conforme el método que conocemos sus discípulos, harían honor a la Facultad Médica que trabajaba en la Universidad Central”.

El doctor Dominici en su “Elegía al doctor José Gregorio Hernández”, juzga el opúsculo “De la Bilharziosis en Caracas”, como “el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infición entre nosotros. Del minucioso estudio de los huevos hallados en las heces de sus siete enfermos, deduce el autor que el parásito de la Bilharziosis de nuestro país pertenece “a la variedad de Bilharzia hematobia denominada Schistosomum Manzonu, o a alguna muy próxima a ésta, que podríamos llamar Schistosomun americanum”; en cuya denominación coincide con la opinión expresada casi al mismo tiempo por Pirajá da Silva en el Brasil”.

Entre múltiples manifestaciones del doctor Francisco A. Risquez, merece especial atención la siguiente: “El doctor Hernández, al mismo recibir la

borla, se impuso a los altos gobernantes como el profesor en germen, sólo necesitado de ambiente para iniciar la ansiada era de luz en la Escuela de Medicina de Caracas”.⁶ Y el doctor Manuel A. Fonseca, escribe: “Cuanto digo lo acreditan los extensos trabajos de Laboratorio a que dió remato; y lo pregonan sus innumerables discípulos, hasta el punto de que no es aventurado expresar que basta para su eminente notoriedad, el título de Fundador de los Estudios de Fisiología Experimental en Venezuela”.⁷

“¿Será, pues, escaso el haber de Hernández?”, se pregunta con razón el doctor Núñez Ponte. “¿No valdrá gran cosa la misión de haber, con la introducción de la Biología Experimental, purificado el ambiente de nuestra Medicina del dejo de rutinero empirismo que aún la obscurecía, encausándola por caminos muy otros y más varios? ¿Ni valdrá tampoco haberles dado impulso pujantísimo a los anhelos de la sedienta juventud, de la cual se podría formar toda una legión, colocando a la cabeza un Rafael Rangel,

⁶ Cultura Venezolana. N° 8. Julio-Agosto. 1919.

⁷ Cultura Venezolana. N° 8.

tan acucioso, tan original cuanto tristemente malogrado?"

Y si a todo esto añadimos la obra que como filántropo y clínico eminentes, realizó durante años de infatigable esfuerzo, nos daremos cuenta cabal, de lo que José Gregorio Hernández representa en la evolución cultural de la República.

Ciencia y caridad, conviene repetirlo, fueron las normas de su labor sin tregua, en el medio social venezolano.



Esquina de Los Amadores. Lugar de la tragedia.

En: Archivo Fotográfico del Dr. Oscar Beaujón Graterol

EL MAESTRO Y SU GRAN DISCÍPULO

En el homenaje que con motivo del 80 aniversario de su nacimiento, rindieron al doctor José Gregorio Hernández en la Universidad Central los honorables miembros de la “Unión Nacional Estudiantil” y “Juventud Católica Venezolana”, expuso el orador Br. Antonio Fernández González, entre otros conceptos, lo siguiente: “La mano pródiga de Hernández, enseña por primera vez, el microscopio, y los estudios biológicos cautivan adeptos, al paso que la vida celular dejaba de ser del exclusivo dominio de los clásicos teóricos. Fecunda fue la obra del maestro; su cátedra de Bacteriología formó escuela y a su abrigo se destacan insignes discípulos: Rangel, es gloria sin marco en la ciencia nacional”.

Tales justicieras frases, me han movido a consignar los siguientes datos, que juzgo de interés histórico por referirse a esas dos eminentes figuras de nuestros fastos científicos.

En sus “Rasgos biográficos del Bachiller Rafael Rangel”, dice el ilustrado escritor doctor V.M. Ovalles: “Antes de empezar los estudios de medicina, entró Rangel como asistente y continuó después en calidad de preparador en el Laboratorio de la Universidad Central (cuyo director era el doctor José Gregorio Hernández) de donde pasó al Instituto Pasteur, fundado en 1895”. Apreciación que está enteramente de acuerdo con lo que afirma el doctor Santos A. Dominici en su hermosa y sentida “Elegía al doctor José Gregorio Hernández”: “A Hernández también debí años después, el conocimiento de las extraordinarias facultades técnicas de Rafael Rangel. Hablando un día de Histología del Sistema Nervioso, dijome: “pídele a Rangel que te muestre sus preparaciones de cerebro y médula”. Eran en efecto, bellísimas: no las superaban las que el propio Ramón y Cajal nos mostró, a Guevara Rojas y a mí, en el Laboratorio de Malassez en el Colegio de Francia”.

Hernández conocía muy bien esas preparaciones, que su discípulo y preparador en las cátedras de Histología, Bacteriología y Fisiología experimental, obtuvo, aplicando con todo rigor las

técnicas aprendidas en las clases prácticas del maestro y no superadas según Dominici, por el mismo Ramón y Cajal.

En su “Nota Preliminar sobre la peste Boba y Derrengadera de los Equideos de los Llanos de Venezuela”, escribe Rangel: “En 1898, cuando ocupábamos el cargo de Preparador del Laboratorio de la Universidad Central, llegó a nuestros oídos, que el doctor Ignacio Oropeza, había encontrado un parásito en la sangre de los animales atacados de “Peste de Apure”. Todavía el año de 1900, figura Rangel en la página 355 de los “Anales de la Universidad Central”, como Preparador de Histología y Bacteriología; y seguramente continuaba en el mismo cargo para 1901, cuando publicó en dicha Revista, su estudio sobre “Teorías del sistema nervioso”

Con efecto; en las páginas 58 y siguientes del meduloso “Ensayo crítico-Biográfico del Doctor José Gregorio Hernández”, segunda edición, debido a la diserta pluma del doctor J.M. Núñez Ponte, leemos estos párrafos que se ajustan por completo a la

realidad histórica: “Todas las reformas a que dio lugar y vida el doctor Hernández con la fundación y progreso de su cátedra, con lo que propiamente podemos decir su escuela, donde se oía como un oráculo la última palabra de la ciencia; han hecho cambiar ventajosamente los rumbos de nuestra Medicina, lo cual atestiguan los sabios académicos y profesionales cuyas mentes recogieron de él una gran provisión científica, en cuyas manos está hoy en Venezuela el arte de curar; y los jóvenes que se han distinguido en la exploración del mundo infinitamente pequeño, como buzos de la parasitología tropical, declaran asimismo que deben a Hernández, a las lecciones directivas y a los experimentos fundamentales de él, todo el valor de sus propias iniciativas y labores.

En el estudio sobre las “Teorías del sistema nervioso”, que publicó Rafael Rangel en 1901, Año II. Tomo II, pág. 385, de los “Anales de la Universidad Central”, dice el progenitor ilustre de nuestra Parasitología: “Nuestro maestro, el doctor José Gregorio Hernández, Director del Laboratorio de Histología, nos hizo la observación de que el líquido

de Müller tenía la propiedad de descomponerse con suma facilidad en nuestro clima, por lo cual es necesario renovarlo incesantemente en las fijaciones. Lo mismo sucede con todos los líquidos bichromáticos. En cambio, el endurecimiento de las piezas se hace aquí en menos tiempo del señalado por los autores europeos: mientras estos recomiendan uno, dos, tres y hasta cuatro meses de sumersión de los fragmentos nerviosos en la mezcla de Cox, bastan quince, veinte días, lo más un mes para obtener bellísimas preparaciones. Hacemos los cortes con el micrótomo de Ranzier, o mejor con el de Selong y los montamos libres en resina damar y colofonia en benzina". Lo cual no era sino la propia técnica histológica que con fructuoso y persistente esfuerzo había adquirido Rangel en las clases prácticas de Hernández" y a cuya aplicación se debían las bellísimas preparaciones a que alude el doctor Dominici en su mencionada elegía.

En su trabajo sobre "El carbunclo bacteridiano en Venezuela", presentado a la Academia de Medicina y publicado en la Gaceta Médica del 30 de septiembre de 1906, dice también Rangel: "Grande

fue nuestra sorpresa al encontrar en los frotis de sangre y linfa, los más puros que pudimos recoger de aquellos elementos ya alterados, la bacteridia carbonosa clásica, tal como la describen los autores y como la habíamos visto en las lecciones prácticas del doctor José Gregorio Hernández; de 5 a 7 micromilímetros de largo, por 1 a 1 ½ de ancho, un poco más gruesa en las extremidades que en el centro, envuelta en una membrana hialina a las extremidades, con su línea de sección sinuosa o quebrada, característica según Koch del bacilo de Davaine". Y a breves líneas añade: "Nosotros después de haber consultado con nuestro maestro el doctor José Gregorio Hernández, nos hemos estado ejercitando en la exaltación y atenuación de las bacteridias muertas por medio de los métodos conocidos: calor, acción de los antisépticos, etc. etc."

Durante varios años fue Rafael Rangel, el preparador de los trabajos prácticos en las cátedras de Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental, donde bajo la dirección personal de José Gregorio Hernández se adiestró para la experimentación y adquirió aquella competencia

que lo llevó más tarde a fundar los estudios de Parasitología Nacional. Ya vemos como en 1906, cuando se encontraba en plena evolución ascendente, Rangel según la declaración que precede, consultaba a su maestro el doctor Hernández y se ejercitaba y seguía con humildad de sabio, las directrices de aquél, en la exaltación y atenuación de las bacteridias carbonosas y en otras técnicas modernas que a él le dieron fama y lustre y renombre a la patria”.

El doctor Jesús Rafael Rísquez en su Lección inaugural del curso de Bacteriología y Parasitología de 1925, atestigua: “Hernández y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia; estudiaron la mayor parte de los gérmenes morbíficos en el país e hicieron a la Escuela Venezolana, marchar al unísono con las conquistas de la nueva ciencia. Más tarde, cuando la era de los microbios –como dijo el gran Patrick–Manson– había llegado a su apogeo y la de los protozoarios comenzaba, un discípulo de Hernández marcó época en los anales de nuestra Medicina, y empieza entonces la era de la

Parasitología en Venezuela, con los trabajos de Rafael Rangel".



Conducción del cadáver al paraninfo de la Universidad. En: Archivo Fotográfico del Dr. Oscar Beaujón Graterol

Todo esto desde luego, no es óbice, para que un espíritu tan estudioso como el de Rangel, que vivió aguijoneado por el deseo de aumentar continuamente su acervo científico y experimental, solicitase también al lado del sabio Dominici y otros maestros, cuantos conocimientos le permitieron iluminar más tarde, con luz propia, muchas fases obscuras de los problemas médicos nacionales.

Refiriéndose al Laboratorio del Hospital Vargas, dice el doctor V.M. Ovalles en el citado opúsculo: “En realidad Rangel no se encargó de un verdadero Laboratorio, porque aquello no se podía calificar así y a tal respecto escribió el doctor Diego Carbonell las líneas que siguen en su artículo sobre la Bacteriología en Venezuela: (Las Clases Médicas N° 48. Julio 1º de 1908) “Es obra de Rangel, el actual laboratorio de que es director; porque son suyos los impulsos que a diario recibe aquél salón de experiencias; porque son suyas las solicitudes que hace a nuestro Gobierno; porque fue a él a quien la Junta Administradora de los Hospitales compuesta en febrero de 1902 por los doctores Miguel R. Ruiz, Emilio Conde Flores, Juan Pablo Tamayo, Trujillo Arraval y Martín Herrera, en su Sesión del 18 de febrero de 1902, encargó no del laboratorio, pues que no lo había, sino de un escaso número de aparatos, regalados por los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, para que empezara a fundar un laboratorio de Bacteriología”.

Salió por lo tanto Rangel del Laboratorio de Bacteriología en la Universidad, a fundar en febrero

de 1902 el de Hospital Vargas; y sus colaboradores fueron los doctores Ruiz, Conde Flores, Tamayo y Trujillo Arraval, con los aparatos que le regalaron para acometer la memorable empresa. Quiso, años más tarde, el destino, que el Gobierno de la época, designase justamente a su maestro el doctor Hernández, para reemplazarlo en dicho Instituto, poco tiempo después de su fallecimiento.

Procedió pues, con toda justicia, el ilustre especialista doctor Jesús Rafael Rísquez, cuando en su “Lección inaugural del curso de Parasitología de 1919”, afirmó: “Será inútil decir que en estas materias de Bacteriología y Parasitología, apenas si me tocará el humilde papel de tosco repetidor de las enseñanzas de Hernández, grabadas de antiguo en el cerebro de los que tuvimos la suerte de llamarnos sus discípulos... Y mañana, cuando lejos de estas aulas, oigáis el nombre de la patria señalada justificadamente entre los de las demás naciones que han vibrado en el concierto de la Ciencia Mundial, recordad que esos ecos, son una de las mejores oraciones que pueden llegar hasta los manes de José Gregorio Hernández y de Rafael

Rangel. Dos nombres que por capricho del destino me toca enlazar hoy con arco de inmortalidad; y que la historia contemporánea señalará como las dos columnas que han de sostener el edificio de la Bacteriología y la Parasitología nacionales”.

Y tuvo por otra parte, visión de profeta el venerable autor de “Venezuela Heroica”, al ensalzar elocuentemente como Ministro de Instrucción Pública, en su Memoria al Congreso de 1892, la revolución científica y experimental que iniciaba el Doctor Hernández con las nuevas cátedras, “donde se enseña a la juventud estudiosa a evitar las abstracciones puramente imaginativas y se le acostumbra a la verdadera y fecunda interpretación de los misterios de la vida”.

Circunstancia curiosa: Hernández y Rangel, maestro y discípulo, que con tanto éxito laboraron en vida por el progreso de la Medicina nacional, reposaron en el mismo lecho mortuorio del Hospital Vargas, durante los momentos que siguieron al fragor de las respectivas tragedias, con que un hado adverso tronchó la existencia de ambos sabios venezolanos.



El cortejo frente a la Universidad.
En: Archivo Fotográfico del Dr. Oscar Beaujón Graterol

CIENCIA Y PATRIOTISMO

(Leído en la Academia Nacional de Medicina)

Al finalizar su “Nota Preliminar sobre la Peste Boba y la Derrengadera de los Equideos de los Llanos de Venezuela”, dice Rafael Rangel: “Antes de terminar debemos consignar que no somos los primeros que hayamos observado el parásito de que hacemos referencia en esta Nota, como causa de la Peste Boba y la derrengadera de Venezuela. En 1908 llegó a nuestros oídos, cuando ocupábamos el cargo de Preparador del Laboratorio de la Universidad Central, que el doctor Ignacio Oropeza, quien ejercía en Calabozo, había encontrado un parásito en la sangre de animales atacados de Peste de Apure y que él llamaba hematozoario del paludismo del caballo. Merced a esta creencia, él administraba altas dosis de quinina y de arsénico, siendo también uno de los primeros que usó estas drogas en casos de peste de las bestias. Probablemente el parásito observado por el doctor Oropeza, es el mismo que hoy describimos. La indiferencia y la desconfianza con que en nuestro país, se miró aquél hecho por los

entendidos en la materia, fué causa para que un médico venezolano, no llevara el honor de la prioridad, sobre el descubrimiento del tripanosoma en la América del Sur”.

No hubo indiferencia ni desconfianza por parte del doctor José Gregorio Hernández respecto al supuesto hematozoario del paludismo del caballo, señalado por el doctor Ignacio Oropeza, el cual, aunque domiciliado en Caracas, hacía frecuentes viajes a Calabozo, en donde ejerció siempre la profesión con la mayor filantropía, pues, de holgada fortuna, nunca tuvo necesidad del trabajo diario y remunerador para ganarse la vida. Tanto él como sus familiares eran además, vecinos inmediatos, amigos íntimos y clientes del doctor José Gregorio Hernández, quien según me consta, por haberlo oído años más tarde de sus propios labios, sometió a un examen minucioso en el Laboratorio de Bacteriología, las preparaciones traídas de Calabozo, y tuvo fundados motivos para atribuir a simples errores de la técnica usada en la coloración de las láminas, las conclusiones a que había llegado el doctor Oropeza. Errores perfectamente excusables,

si se toman en consideración las deficiencias y limitaciones propias de la época y del medio en que le tocó actuar.



El pueblo despide al doctor José Gregorio Hernández.
En: Archivo Fotográfico del Dr. Oscar Beaujón Graterol

El doctor Oropeza, por otra parte, quedó tan persuadido de la validez de los argumentos de Hernández que jamás intentó darle publicidad a un hallazgo, cuya divulgación habría tenido entonces, mayor resonancia en el mundo científico, de la que tuvo el descubrimiento de Rangel realizado 7 años

después. Persona tan discreta como lo era el doctor Hernández, guardó absoluto silencio sobre el hecho, para no herir siquiera con las más ligera sugerencia, la natural susceptibilidad de un colega amigo, o dañar la reputación de un médico distinguido como el doctor Oropeza. Ni aún en la página de sus “Elementos de Bacteriología”, donde encomia el estudio de Rangel, menciona con una sola sílaba, el incidente histórico.

Esto, por lo que atañe al doctor Hernández; pues no conozco cuál fue la participación que tuvieran en el caso, los demás entendidos en la materia, como en forma bien vaga por cierto, los designa Rangel en su exposición; fuera de que su actitud hipotética y dubitativa al decir, que “probablemente el parásito observado por el doctor Oropeza, es el mismo que hoy describimos”, despoja de todo fundamento serio la opinión caprichosa y un tanto arbitraria del autor.

Sólo la humildad reconocida de Rangel y su encendido venezolanismo, lo empujaron esta vez, en uno de sus más jugosos trabajos, por el terreno resbaladizo de las conjeturas; él, que en la escuela de

sus maestros, se inició en el culto de la verdad desnuda, y aprendió a valorar las excelencias y rigores del método experimental.

Para José Gregorio Hernández en cambio, el patriotismo consistía principalmente en la probidad científica, que apartando cualquier otro género de consideraciones, debe ceñirse a la apreciación objetiva de los fenómenos, base de eficiencia técnica y de enhesta autoridad profesional.

Su conducta se ajustó, como en este caso, como de costumbre, a la más exigente Deontología: convencer al compañero de su error sin trascendencia y guardar el secreto; no confiándolo ni al Preparador del Laboratorio, así fuera éste el futuro progenitor de la Parasitología en Venezuela. Y, si más tarde, tampoco rompió ese silencio ante las alusiones del propio Rangel, fue por estar seguros de que ellas se cimentaban sobre meras suposiciones, extrañas al fondo tan rico en perspicaces atisbos, que comunican la durabilidad del granito, a esta producción de su gran discípulo.

No se atribuya pues, a indiferencia y desconfianza y mucho menos a falta de patriotismo, lo que fue sólo en Hernández, expresión de señera integridad moral.



La concurrencia frente a la Catedral de Caracas, esperando la llegada del féretro. Publicada en: HERNÁNDEZ BRICEÑO, ERNESTO. Homenaje al Doctor José Gregorio Hernández (Recopilación). Caracas: Imprenta de la Nación, 1945

ANEXO

Carta del doctor José Gregorio Hernández a su hermano César. Publicada en: HERNÁNDEZ BRICEÑO, ERNESTO. Homenaje al Doctor José Gregorio Hernández (Recopilación). Caracas: Imprenta de la Nación, 1945

"Puerto-Cabello, Junio 6 de 1908.

Mi querido César,

Te escribo hoy para participarte la noticia tan triste para mí de que por el vapor francés que sale mañana, me embarco para Europa a donde voy para entrar en un convento de Religiosos Cartujos que está en Italia en una soledad llamada Farneta cerca de la ciudad de Lucca. Tú comprendes lo dolorosa que es para mí esta separación de mi familia a quien quiero entrañablemente, y que por esta causa no he tenido valor para decirles adiós de palabra; solamente por obedecer al llamamiento divino he podido dar este paso que es para mí tan duro.

Con lo que tú ganas y con el alquiler de la casa de Pajaritos que te dejo, puedes hacer los gastos de la familia tuya y si te falta puedes ir tomando de los reales que tú tienes, para completarlos, de suerte que no debes emplearlos en más nada que en eso, por lo cual yo no quise que compraras casa, porque la educación de los muchachitos es cara y con dificultad a menos de mucha economía podrás hacerlo.

La casa de Mijares se la dejó a la otra familia. Te mando también certificadas las escrituras que yo hice ante el

Juez de aquí, según consejo del Dr. Guzmán Alfaro; debes hacerla registrar para lo cual debes mostrársela al Dr. Guzmán y haces lo que él te diga; igual cosa deben hacer los de casa... En mi escaparate hay un paquete para tí en que están las escrituras de la casa de la Palma y también el dinero para pagar los derechos del registro. También te dejé el último recibo del señor Camargo en que consta que tu casa está paga hasta el mes pasado; guárdalo.

Todas las cosas que quedan en casa se deben repartir entre todos conforme lo dejé dispuesto en el escrito que encontrarás en mi escaparate; deseo de todo corazón que esto se haga en la mejor armonía y sin disgustos.

Te dejo un cuadrito, que es para toda mi familia como un último testimonio de mi cariño, es el que contiene la carta en que el Padre Maestro de los Novicios de mi Cartuja me avisa que Nuestro Superior General se ha dignado admitirme en el Convento; es además una verdadera reliquia por estar escrita por un Santo.

Te recomiendo mucho a María Luisa; el tener que dejarla me ha sido el más doloroso de todos los sacrificios que he tenido que hacer; has con ella mis veces...

También están en otro paquete las escrituras antiguas de la casa de Mijares que es para la otra familia. Allá quedan también los reales para pagar el registro de la escritura que va de aquí, el recibo de las aguas está para las dos casas juntas.

Dejo un paquete para que paguen el servicio y te encargo que les des las gracias en mi nombre...

Los otros paquetes los entregarás conforme a sus rótulos...

Que José Temistocles lleve las llaves del Laboratorio y que trate de conseguir que lo nombren a él Profesor, al graduarse.

Les ruego a todos que me dispensen de todo lo que yo los he hecho sufrir; y que Nuestro Señor nos de la dicha de volvernos a ver en el Cielo.

Tu hermano que te abraza,

José G. Hernández".

Benigno Hernández y Josefa Antonia Cisneros,
padre y madre del Dr. José Gregorio Hernández.
Publicadas en: HERNÁNDEZ BRICEÑO, ERNESTO.
Homenaje al Doctor José Gregorio Hernández
(Recopilación). Caracas: Imprenta de la Nación,
1945



**Este libro se edita en formato físico y
digital, por la Universidad
Politécnica Territorial de Falcón
“Alonso Gamero” y la Fundación
Biblioteca Oscar Beaujón Graterol,
en Coro en el mes de noviembre de
2025**

